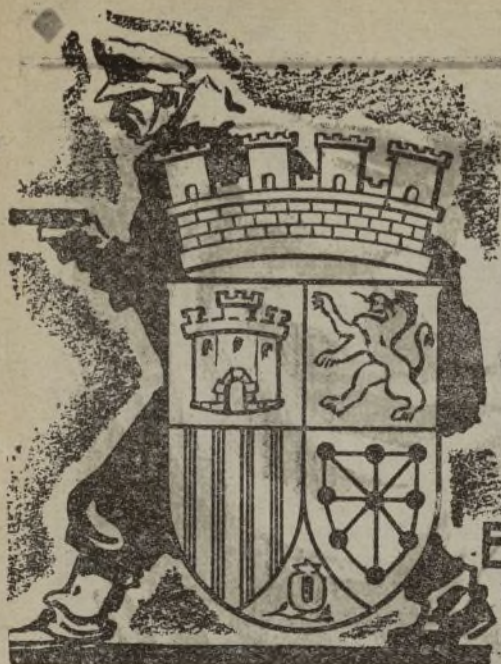




La moral del miliciano es la que decidirá la victoria. Recuerda cuando con la palabra mantenías tu ideal de libertad y sostenlo ahora con tu fusil en las trincheras.



EL COMISARIO

BOLETIN DIARIO DEL COMISARIADO DE GUERRA

Año I

Madrid, 2 de noviembre de 1936

Núm. 7

Sin esfuerzo no hay victoria. ¡No se olvide!

MORAL DE COMBATE

La actividad que viene desarrollando nuestra aviación en estos días pasados, como asimismo las intervenciones de modernas máquinas de guerra, demuestran al Ejército popular español que nos hallamos en condiciones de realizar una eficaz ofensiva.

Ya hemos insistido varias veces acerca de las cualidades que la ofensiva nuestra ha de tener. En primer término, un armamento adecuado; pero es condición de casi análogo mérito el que este armamento sea servido por una voluntad firme de vencer, por una disciplina de bronce, por un concepto político claro de lo que significa esta contienda.

No nos cansaremos de repetir que, tanto como las armas, vale la moral combatiente. Ellos tienen armas en abundancia, pero no tienen moral. Precisamente la moral nuestra sobre la de ellos será el peso que en la balanza de la guerra decida el triunfo. Con insistencia machacona hemos hablado reiteradas veces de que ésta no es una lucha entre dos ejércitos regulares que combaten por la conquista de terreno, sino el choque brusco y definitivo de las clases populares españolas contra sus viejos y poderosos opresores. Es decir, es una lucha política y social.

en la que tanto como la fuerza de las armas juega la fuerza de la razón y la fuerza moral de un pueblo que no debe ni puede ser aplastado.

Hay que saturarse de moral combatiente. Cuando el soldado del pueblo tome el fusil en su mano tiene que pensar, como cuestión previa, que dispara no contra otro soldado enemigo, sino contra la representación más genuina de las vilezas que le aplastaron toda su vida; que le aplastarían a él y a sus hijos por mucho tiempo si el fascismo triunfara en España.

Si dispara, entonces estamos seguros de que la moral de combate le clavará las plantas en el suelo para morir antes que retroceder.



Sobre Madrid se ciernen los inhumanos instintos fascistas. En el frente, miliciano, has de vengar sus crímenes.

APELACION A LOS QUE CUMPLEN CON SU DEBER

Los que escapan, fusilados por la espalda

Ni un solo momento puede admitirse como táctica de combate volver la espalda al enemigo. Aquellos milicianos insensatos o inconscientes que se han enrolado en el Ejército del pueblo sin saber, según parece, cuál es su misión, sino su deber inexcusable, es necesario que graben a fuego en su entendimiento lo que sigue:

En primer lugar, que al enemigo se le vence combatiendo y nada más que combatiendo. Frente a las armas que manejan los ejércitos mercenarios fascistas hay que oponer las armas del Ejército del pueblo. Sólo cuando esto se ha hecho en la medida de las fuerzas de cada uno puede hablarse del cumplimiento del deber.

En segundo término, no debe olvidarse que se combate por la defensa no sólo de una idea o de un sistema de gobierno, sino por algo más fundamental. Se combate por salvar a las mujeres inocentes, a los hijos, a los seres indefensos que se hallan en retaguardia de la vileza y el oprobio y la destrucción que significa la entrada en las poblaciones civiles de las hordas fascistas. Los ojos y los oídos de todos y cada uno de nosotros están llenos de relatos dramáticos, a veces espeluznantes, en los que se dice bien a las claras cuál es el final de la

toma de una ciudad o de un pueblo. Fusilamientos en masa, saqueos, martirio, vejámenes y deshonra de todos aquellos que no profesan el credo sanguinario de las fieras que se han lanzado a malbaratar España.

El soldado del pueblo que ha olvidado esto, que aparenta ignorarlo, que no se da por enterado de lo que significa su criminal desertión, no es sólo un cobarde, es un traidor.

Queremos exaltar con este llamamiento a la conciencia de los héroes de la guerra civil su responsabilidad. Es necesario que todos y cada uno de los combatientes que saben llevar orgullosamente el arma en las manos persigan de modo implacable al individuo que huye y deserta, sembrando en las fuerzas del Ejército regular del pueblo la desmoralización y el desconcierto.

NI UN PASO ATRAS. Cuando alguien intente huir, olvidando que pone en peligro no sólo su vida, sino la seguridad colectiva, el miliciano cumplidor de su deber, que combate a pie firme, sin espantadas, con el corazón templado, pondrá una buena firma al cumplimiento de su deber FUSILANDO POR LA ESPALDA AL TRAIDOR QUE ESCAPA.

Ganar la guerra sin esfuerzo, sin dolor, sin sangre, no puede haber pasado por la mente de nadie con un adarme de responsabilidad.

Con dolor, con sacrificio, ¡con todos los sacrificios que sea necesario! Así podremos vencer al enemigo. Esfuerzo de hoy, mejor victoria para mañana.

MAS PRUEBAS

En el extranjero, la prensa comenta el contrabando de armas al fascismo.

Los periódicos publican una información de París dando cuenta de que las autoridades fascistas italianas han adoptado medidas decisivas para conservar en el más absoluto secreto todas las operaciones de la entrega de armas a los rebeldes militares españoles.

Los navíos cargados con material de guerra son enviados ahora de la siguiente forma:

“Los capitanes reciben la orden de entregar su carga en Trípoli, y al mismo tiempo se les entrega un sobre cerrado y sellado, que no deben abrir hasta después de transcurrido determinado plazo, y que contiene la orden de cambiar la ruta del navío y dirigirse a uno de los puertos ocupados por los rebeldes.”

Con objeto de mantener el secreto del envío de material, las autoridades italianas han detenido estos últimos días en Liorna, Civitavecchia y Génova, así como en algunos otros puertos, a un centenar de marinos y soldados que prestan servicio en aeropuertos, y varios pescadores que fueron testigos de estos hechos y dieron a conocer el cargamento y envío de material de guerra a España.



CONSEJOS A LOS MILICIANOS

Maniobras de las patrullas

Ya hemos dicho que se debe extremar la precaución cuando la patrulla haya de aproximarse a un seto, valla, muro, cañada, peñasca y, en general, a obstáculos tras de los cuales pueda ocultarse el enemigo. Se corre el riesgo de llegar hasta él sin advertir su presencia y caer en una emboscada. Conviene, por tanto, no avanzar de frente sobre el repetido

obstáculo, sino procurar rodearlo. Se aproximará así la patrulla de flanco y con la máxima prudencia, para examinar, desde un lado, lo que haya detrás.

En los casos en que no haya posibilidad de rodearlo y tenga, por ende, que atacarse de frente, ha de buscarse el camino que mayor protección ofrezca y por el que le sea menos fácil al adversario hacer

puntería sobre nosotros. El avance se hará de refugio en refugio; sólo en caso de absoluta necesidad se hará el avance al descubierto, a la carrera y tumbándose frecuentemente. Si se dan esas circunstancias, no avanzarán todos los componentes de la patrulla simultáneamente, sino escalonándose: mientras unos avancen, los demás vigilarán el obstáculo, prestos a hacer fuego sobre él rápidamente. Es lo prudente que los flanqueadores avancen por los lados del obstáculo; sus compañeros permanecerán algo rezagados, fusil a la cara, apuntando al punto peligroso. Si hubiera fusiles ametralladores, sus portadores son los indicados para esta misión protectora del avance.

Siempre que el obstáculo sea un muro, una valla o maleza, la patrulla habrá de extremar la precaución, porque es corriente que el enemigo espere, sin dar señales de vida, hasta que lleguemos a muy poca distancia para disparar entonces sobre seguro contra nosotros. Observaremos fijamente las ramas; su movimiento puede descubrirnos la existencia de enemigos emboscados. Al avanzar hacia unos matorrales o un bosque, lo haremos siempre en zigzags rápidos, con lo que dificultaremos la puntería de los contrarios, quienes han de permanecer inmóviles para no delatar su presencia.

Constituye una grave imprudencia penetrar en una arboleda sin antes detenernos a escuchar atentamente cualquier ruido que produzcan los enemigos que se supone ocultos en ella. El paso de tropas o individuos aislados suele descubrirse por el crujido de las ramillas, el rodar de guijarros, el ruido de los cerrojos de fusil, el chocar de armas, cantimploras, etcétera.

Cuando hayamos de reconocer una casa, los flanqueadores avanzarán por los lados, mientras los demás lo harán por el centro, vigilando atentamente las ventanas, las puertas y el tejado. Se escogerá pa-



Vuestro gran puño, camaradas, tantas veces en alto en saludo antifascista, ya bajo, y tras descargar certero golpe al enemigo, se mantiene firme como barrera infranqueable que no podrá atravesar ni el más formidable de sus ataques.

Es la barrera que tiene al enemigo alejado de Madrid. Ha de ser móvil, tiene que situarlo cada vez a mayor distancia.

Piensa, miliciano, lo que pasaría si lograsen pasarla. Vuestros hijos, vuestras mujeres ya no tendrían vida: serían fusilados o les esperarían la esclavitud. Es vuestro brazo, vuestro pecho generoso el que antes ha de caer que permitir que atraviesen la barrera infranqueable de vuestro valor.

¡Es tu vida, soldado del pueblo! ¡Es la vida de todos!
¡Sigue adelante! ¡Arrásalos hasta su fin!

«Los que te explotaban están ante ti»

Te voy a decir, miliciano, quién es el enemigo que tienes delante.

Ves uniformes militares, ves tanques y sientes su acción, oyes el ruido de los aviones y el estruendo de sus bombas, el estruendo de los cañones... Atacan, tratan de hacer movimientos envolventes, se ponen a la ofensiva... Es ciertamente un ejército; pero eso que ves y oyes, ese ejército, no es más que la trágica careta de lo que tras ella se esconde.

Tú, soldado del pueblo, defiendes un ideal, tu libertad, tu trabajo, el pan de los tuyos, y... ¡vas al frente para tú mismo conquistarlo todo!

Ellos no, miliciano; no tienen valentía para hacer lo mismo, porque no tienen, lógicamente, seguridad en los principios canallas que sostienen. ¡Compran, camarada! Y a fuerza de dinero mantienen a una serie de aventureros, de criminales y de seres inhumanos de toda especie, para ellos no dar el pecho. Y con esos elementos forman su ejército.

El ejército que trata de aplastarte, como antes lo hacían; porque, compañero, el rostro que oculta esa careta es el del rico terrateniente que te obligaba a estar en la era de sol a sol; el que, en la época de la siega, te hacía "achicharrarte" por dos o tres pesetas. ¿Recuerdas, camarada, que tenías que comer de pie—¡y qué comida: pan, tocino y aceite!—porque el sol de plano y el ardor de la tierra te impedían hacerlo de otra manera? Es el rostro del dueño de la fábrica que quiso hacer hacer de ti una tuerca más de la máquina y te obligaba a adormecerte con el rendimiento físico de tus horas de trabajo... ¡Qué le importabas tú! ¡Que tuvieses un hogar! ¡Tus hijos...! ¡Bah! ¡Eras la pieza más que necesitaba!

Y, en fin, la representación más concreta que tuvo el capital. Del gran capital, asesino de conciencias, amortiguador por la fuerza de las ideas redentoras del pueblo: ¡el que quería matarlas!

Eso es lo que tienes ante ti. Es eso, miliciano, y ahora está en tu mano aplastarlo definitivamente.

¡Destrózalo, camarada, porque una vez exterminado, el trabajo de todos para todos será! Trabajarás mejor, más y con alegría, porque el fruto será para ti.

¡Adelante, soldado del pueblo! ¡Por su exterminio!



No te fies nunca ni del compañero que tienes junto a ti. Sé tú el vigilante

LO NECESARIO

Miliciano: necesitas vencer. Si, por un azar de la lucha, venciera nuestro enemigo, tú y tus hijos estaríais perdidos. Os esperaba una muerte infamante. En esta lucha entre la libertad y la esclavitud, entre el progreso y la reacción, entre la cultura y la barbarie, no cabe retroceder, porque retroceder equivale a morir. Y a morir de muerte ignominiosa, denigrante.

Miliciano: no defiendes privilegios, sino derechos. No luchas por ambiciones egoístas, sino por el bienestar colectivo. No expones tu vida por un amo, sino por ti mismo y por el porvenir de tus hijos. De ti depende la suerte de las venideras generaciones.

Miliciano: la mirada anhelosa de todos los hombres libres del mundo está clavada en ti. A ti te incumbe el cumplimiento de una misión gloriosa, de cuyo cumplimiento depende el bienestar de la Humanidad entera. Muéstrate digno de esa misión augusta. Cada pueblo, en cada época, ha tenido una labor que realizar en pro de la felicidad colectiva. A ti te corresponde hoy la de librar al universo de la terrible garra fascista.

Miliciano: a vencer y a ser digno de la obra que la Humanidad libre te ha confiado. Antes la muerte que la derrota. El mundo honra a los héroes que sucumben en la pelea y desprecia a los cobardes que abandonan su puesto de honor en la lucha.

La prensa y propaganda que diariamente se envía a los comisarios delegados de Guerra, de columna o sector, debe hacerse llegar sin demora alguna a las líneas más avanzadas que haya establecidas.